

Significado y alcances del discurso del presidente Allende en la Gran Logia de Colombia en agosto de 1971 en Bogotá

PARTIDO TODOS SOMOS COLOMBIA

No obstante su formación y convicción marxista, el presidente Salvador Allende Gossens no dejó de sorprender por su coherencia política en cuanto a que se sometió a las reglas de juego que impone el sistema democrático (burgués) o lo que se ha dado en denominar la democracia liberal. Estaba convencido y así lo expresó en múltiples oportunidades que, siendo leal a la institucionalidad de un Estado oligárquico, se podía avanzar hacia el socialismo.

Interesante la reflexión que hizo del recorrido político de su coalición la Unidad Popular (UP) que le permitió ganar las elecciones presidenciales en 1970 con el 36.6 % de los votos frente a la conservadora Democracia Cristiana, durante el discurso pronunciado en Bogotá, el 28 de agosto de 1971, en la Gran Logia de Colombia.

Afirmó que la UP enfrentó *“al reformismo de la Democracia Cristiana y a la candidatura que representaba lo tradicional del capitalismo del señor Jorge Alessandri. Chile, por lo tanto, vivió la etapa prolongada y no estéril de los gobiernos típicamente capitalistas”*.

“Digo no estéril, -recalca- porque he sostenido que nuestro país ha sido o es uno de aquellos en que la democracia burguesa ha funcionado propiamente como tal”.

Sin embargo, fue esa *“democracia burguesa”* la que al verse afectada en sus intereses por los anuncios hechos por Allende, incluso antes de posesionarse, buscó por todos los medios descarrilar su gobierno. Es decir, la democracia liberal sólo les sirve a sus auspiciadores para garantizar y proteger sus intereses.

Allende consideró que era dable alcanzar la *“independencia económica”* de su país respetando la institucionalidad y el orden legal vigente. Pensaba que su gestión podía avanzar consolidando un régimen popular que profundizara la transformación económica.

Sus palabras en desarrollo del discurso en referencia son reveladoras: *“Si bien es cierto que Chile ha logrado en lo político ser un país independiente, desde el punto de vista económico no lo es; y nosotros pensamos que es fundamental alcanzar esa independencia económica para que sea nuestro país auténticamente libre en lo político... Por eso nuestro combate y nuestra decisión tenían que ser no un cambio político, no el traspaso del gobierno de un hombre a otro, sino la entrega de un régimen a un pueblo que quiere la transformación profunda en lo económico, en lo político y en lo social”*.

Y reafirmaba su convicción señalando que para *“eso pisamos ese sendero dentro de las leyes de la democracia burguesa, comprometidos a respetarlas, pero al mismo tiempo a transformarlas, para hacer posible que el hombre de Chile tenga una existencia distinta y que Chile sea auténticamente una Patria para todos los chilenos”*.

Describió durante su intervención ante la Gran Logia Masónica de Colombia que la batalla que estaba dando su gobierno era *“muy dura y muy difícil porque, indiscutiblemente, para elevar las condiciones de vida de nuestro pueblo, necesitamos hacer las grandes transformaciones revolucionarias que hieren intereses foráneos, el capital extranjero, intereses imperialistas, intereses nacionales de los monopolios y de la alta banca”*. Pese a los múltiples obstáculos encontrados en el camino, anunciaba que *“hemos planteado una revolución auténticamente chilena, hecha por chilenos, para Chile”*.

Era consciente, como bien lo señaló, que era supremamente *“difícil hacer una revolución en que no haya costo social y es duro estrellarse contra poderosos intereses internacionales y poderosos intereses nacionales”*. Pero su gobierno se esforzó y trazó una estrategia para sacar adelante una serie de reformas clave dirigidas a generar condiciones de equidad social.

Hoy, a medio siglo del derrocamiento de su gobierno y de su sacrificio, sorprenden los logros alcanzados en poco menos de tres años que duró su gestión. Enfrentando a una oposición férrea orientada y estimulada desde Washington, con una correlación de fuerzas adversa, los poderes fácticos empeñados en obstaculizar el desarrollo de la tarea gubernamental, se concretaron avances que no es exagerado calificarlos de impresionantes: nacionalizó la industria del cobre, la banca y la gran industria, expropió el monopolio de las comunicaciones (la ITT) y ejecutó una reforma agraria, entre los más relevantes. Sus políticas fueron revolucionarias si se tiene en cuenta las condiciones de la sociedad chilena hace medio siglo y las presiones de la Casa Blanca y la derecha, ambos volcadas de lleno al derrocamiento violento del Gobierno.

Pero así como en el frente externo tenía una oposición implacable que preparaba el golpe de Estado, internamente, en su coalición política que soportaba el gobierno, Allende debió enfrentar un duro debate que estaba a punto de resquebrajar Unidad Popular por las posiciones prácticamente irreconciliables de dos sectores: los socialistas que poseídos por un voluntarismo que se puede calificar de suicida, proponían como consigna *“avanzar sin transar”*, en tanto los comunistas planteaban de manera pragmática y realista *“consolidar para avanzar”*, por cuanto no se podía avanzar sin fortalecer la organización y la conciencia del campo popular, afianzando además las conquistas logradas por el Gobierno. Obviamente, con un gran sentido político Allende se inclinó por la segunda alternativa.

Al servicio de las necesidades ajenas

Ese empeño por transformar las relaciones económicas de Chile estaba sustentado también en la desgracia histórica del hemisferio latinoamericano, pues como bien lo señala Eduardo Galeano en su ya clásica obra *Las venas abiertas de América Latina*, *“la división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder”*. Y en ese sentido nuestra región *“fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones...Continúa existiendo al servicio de las necesidades ajenas”*, como fuente y reserva de recursos naturales.

De ahí que Allende en el discurso en comento se doliera por el caso inicuo de la explotación del principal mineral de Chile, el cobre, pilar de la economía de este país que en la década de los años 70 representaba el 82 % de divisas, pero señalaba que sólo *“nos da el 24 % del ingreso fiscal...Y esto ha estado manejado por manos que no son chilenas”*.

El cuadro de injusticia que pintaba el mandatario chileno era patético: *“La inversión inicial de las compañías americanas del cobre no superó hace 50 años los 13 millones de dólares; y a lo largo de estos años han salido de Chile 3.200 millones de dólares para ir a fortalecer a los grandes imperios industriales. En estas condiciones, ¿cómo podemos progresar?”*, se lamentaba.

Y prosiguió su intervención haciendo varios interrogantes: *“¿Cómo un pueblo que tiene las más grandes reservas de cobre del mundo y la más grande mina del mundo que es Chuquibambilla, no puede controlar ni los precios, ni los niveles de producción, ni los mercados, cuando la variación en un centavo en el precio de la libra de cobre representa un mayor y nuevo ingreso para Chile de 12 millones de dólares? ¿Cómo es posible, que ese que yo he llamado con razón el sueldo de Chile, sea manejado por manos que no son chilenas? ¿Hasta cuándo no vamos a ver nosotros que tenemos derecho a trazar nuestro propio camino, a recorrer nuestro propio sendero, a tomar las banderas libertarias de los próceres de este continente para convertirlas en realidad, porque esa es la tarea que nos entregaron?”*.

La mano de la Doctrina Monroe

“Recuperar los recursos desde siempre usurpados, equivale a recuperar el destino”, pareciera que fuera la conclusión de Allende, retomando las reflexiones de su amigo, el escritor uruguayo Galeano. Empero, en este devenir de aprovechamiento de los recursos naturales de América Latina por parte de manos extranjeras, aparece la impronta de la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto que, precisamente en diciembre, se cumplen 200 años de haberse promulgado por el secretario de Estado, John Quincy Adams y expuesta por el presidente estadounidense James Monroe.

En la actual coyuntura de intensa disputa global es fundamental entender la perspectiva histórica y matriz geopolítica de Estados Unidos hacia el resto de lo que despectivamente llama su *“patio trasero”*, y diplomáticamente el *“hemisferio occidental”*.

Ese *“dogma”* de Washington que es la mencionada *“Doctrina”* se yergue como uno de los obstáculos para las posibilidades de emancipación e integración regional. De ahí el gran reto de las comunidades latinoamericanas de repensar en este siglo XXI y poner en práctica una relación no subordinada con el gigante del norte. Esa constituye una tarea intelectual y política fundamental e inaplazable, en una época de profundas transformaciones geopolíticas, entre las que destacan el declive relativo estadounidense –ya no ostenta la hegemonía global que supo construir en la segunda mitad del siglo XX– y el ascenso de Asia-Indo-Pacífico, con China a la cabeza, reconfigurando un mundo más multipolar, en el que América Latina y el Caribe son un área cada vez más disputada. En ese sentido, el proyecto bolivariano de la Patria Grande, que fue la contracara del que planteó Monroe hace 200 años, cobra total vigencia si se quiere avanzar en la construcción de una estrategia continental, tendiente a ampliar la autonomía

regional, en función de revertir las asimetrías históricas que padecen nuestros pueblos.

En ese contexto, la obra de gobierno y el heroico sacrificio que Allende heredó a los pueblos de América Latina representa un legado extraordinario, sin el cual es imposible comprender el camino que a finales del siglo pasado comenzarían a recorrer los pueblos de estas latitudes y que culminara con la derrota del principal proyecto geopolítico y estratégico de Estados Unidos para la región, el ALCA, en Mar del Plata en el año 2005. Allende fue, por lo tanto, el gran precursor del ciclo progresista y de izquierda que conmovió a Latinoamérica a comienzos de este siglo. Fue también un antiimperialista sin fisuras y un amigo incondicional de la Revolución cubana cuando tal cosa equivalía a un suicidio político y lo convertía en carne de cañón para el sicariato mediático teledirigido desde Estados Unidos. Pero Allende, un hombre de una integridad personal y política ejemplares, se sobrepuso a tan adversas condiciones y abrió esa brecha que conduciría a las *“grandes alamedas”* por donde marcharían las mujeres y hombres libres de Nuestra América, pagando con su vida la lealtad a las grandes banderas del socialismo, la democracia y el antiimperialismo.

Al recordar el presidente Allende en Bogotá en agosto de 1971 que con espíritu idealista ingresó de joven a la Logia Masónica Progreso No. 4 de Valparaíso y posteriormente alternó su apostolado de médico con la acción política se propuso *“abrir un surco, sembrar una semilla, regarla con el ejemplo de una vida esforzada para que algún día diera su fruto esta siembra, no para mí, sino para mi pueblo, para el de mi Patria, que necesita una existencia distinta”*.

Ese surco que abrió Allende con su sacrificio constituye fuente de inspiración para que América Latina más temprano que tarde encuentre respuestas a sus tropiezos, dilemas y encrucijadas en un acto de creación.

¿Un gobierno fracasado?

A propósito de los 50 años del criminal golpe de Estado contra el presidente Salvador Allende este 11 de septiembre de 2023, algunos sectores tanto de derecha como de izquierda en Chile, entre ellos el propio presidente Gabriel Boric, han tratado de imponer la narrativa según la cual el Gobierno de la Unidad Popular fue un fracaso porque terminó siendo un proyecto totalitario y no formaba parte de la identidad chilena y por lo tanto fue derrotado por su sectarismo, dogmatismo y falta de apego a las convicciones e ideales democráticos. Para rebatir ese infundio, el sociólogo Marcos Roitman acaba de publicar un sugerente trabajo bibliográfico en el que explica con suficiente acervo probatorio que el golpe de Estado en Chile se llevó a cabo precisamente porque el gobierno de la UP estaba triunfando.

En efecto, el Gobierno de Allende había sido capaz de hacer una reforma agraria, nacionalizar las riquezas básicas, dar vivienda popular, establecer un sistema educativo más justo, un sistema de salud más amplio, incrementar el salario básico, etcétera. Además contaba con un amplio apoyo popular.

Fue un gobierno que a pesar de todos los ataques para desestabilizarlo, en 1973 obtuvo 44 por ciento de los votos del pueblo chileno para las elecciones de diputados. Eso no lo ha obtenido ningún gobierno chileno en la historia. Es el proceso de mayor consenso que se puede dar en un proceso democrático.

Si algo distinguió al Gobierno de la UP, como lo señaló Allende en su discurso en Bogotá, fue justamente que estuvo en continuo diálogo y buscó consensos con el resto de los sectores del país para evitar, justamente, una ruptura constitucional. Los que decidieron romper el diálogo fueron la derecha y la Democracia Cristiana, entre otros motivos porque se veían derrotados en lo político. Y cuando la derecha se ve derrotada políticamente lo que hace es dar un golpe de Estado o subvertir la democracia.